

REAGAN ESE HOMBRE

Al igual que Woodrow Wilson hace sesenta años, un presidente demócrata de los Estados Unidos acusado de débil e indeciso —un «idealista» demasiado absorbido por los valores morales para poder defender los intereses de la nación— ha sido repudiado al término de su mandato y reemplazado por un republicano comprometido con una política de pragmatismo, «business-as-usual» y «laissez faire».

THOMAS G. BUCHNAN

LA primera vez no fue un gran éxito.

Woodrow Wilson era un sudeño nacido en Virginia, en 1856, hijo de un pastor presbiteriano. Fue durante catorce años, profesor de economía política en importantes universidades del este antes de ser nombrado presidente de la Universidad de Princeton, uno de los tres centros académicos más importantes de América. Con la excepción de Franklin D. Roosevelt y Adlai Stevenson (que fue derrotado todas las veces que se presentó a las elecciones presidenciales), fue el único intelectual que llegó a jugar un papel importante en la política estadounidense desde principios de siglo. En 1911 fue elegido gobernador de Nueva Jersey y, en 1913, presidente de los Estados Unidos.

Durante los ocho años que Wilson permaneció en la Casa Blanca, el gobierno llevó a cabo un número considerable de reformas democráticas, tales como los cambios constitucionales que permitieron la elección popular del Senado (elegido hasta entonces indirectamente) y el derecho de voto para las mujeres. Wilson incrementó el poder del gobierno federal para que regulase la industria privada y la banca, fortaleció las leyes contra los monopolios, y estableció el primer impuesto progresista sobre la renta, actividades estas que no le granjearon las simpatías de los grandes hombres de negocios del país, quienes consideraban semejantes medidas como «socialistas».

En política exterior, después de un comienzo vacilante marcado por expediciones militares a Haití y Méjico, se fue apartando cada vez más de la política de «mano dura» que los presidentes republicanos habían estado practicando desde la tardía entrada de América, en 1898, en la raza colonial a

raíz de la guerra contra España. Se atrajo la enemistad de sus compatriotas adversarios, y de sus aliados extranjeros —Francia e Inglaterra—, por su resistencia a aceptar la intervención en una guerra entre fuerzas imperialistas rivales: la primera Guerra Mundial. Se agravó esta hostilidad cuando en 1918 abogó por adoptar una política de «auto-determinación» que presuponia la consulta con la población nativa para determinar las nuevas fronteras entre vencedores y vencidos, y la creación de una «Liga de Naciones» a la que le sería cedida, al menos eso esperaba, la autoridad para intervenir en futuros conflictos.

Al igual que la lucha de Jimmy Carter por los «Derechos Humanos», los Catorce Puntos «idealistas» de Wilson fueron recibidos con sonrisas condescendientes o declarado desprecio por todos los Henry Kissinger de hace sesenta años. En Estados Unidos, los enemigos domésticos del presidente se encargaron de controlar el Congreso y rehusaron ratificar la adhesión americana a la Liga de Naciones, del mismo modo que este año el Congreso ha rechazado también ratificar el acuerdo Salt II que Jimmy Carter había negociado con los rusos. Los hombres de estado europeos escribieron el Tratado de Versalles, un documento eminentemente «realista» que dos décadas más tarde conduciría a la apoteosis de la «realpolitik» (1): Munich. El fracaso de no tomar en consideración los Catorce Puntos de Wilson llevó a aberraciones tales como el Corredor Polaco y le suministró a Hitler un pretexto para

(1) Realpolitik: en alemán, política realista. Este término designa una política de poder que afirma que, en las relaciones internacionales, los Estados deben buscar el aumento de su propio poder como un fin en sí mismos y que la persecución de tal poder debe basarse en la amenaza y en el uso de las fuerzas militares y la coacción económica.

desplegar sus ambiciones territoriales en los años treinta. El «Realismo» al igual que el pacto de Hoare-Laval condujeron a la segunda guerra mundial. Resulta difícil de imaginar que la aplicación de ciertos principios morales a la diplomacia internacional hubiesen podido deparar consecuencias peores.

Insultado y humillado en los últimos meses de su mandato, lo mismo que Carter, la salud de Wilson se resintió y murió poco después, paralizado y con el corazón roto. En las elecciones presidenciales de 1920, los republicanos volvieron a apoderarse de la Casa Blanca. Nacido en el Medio Oeste, como Ronald Reagan, Warren Harding era un brillante orador y miembro del ala derechista de su partido. Basó su campaña en dos slogans: «vuelta a la normalidad» en política interior, y «lo primero es América» en política exterior. Como Ronald Reagan, dijo que había demasiados burócratas del gobierno tratando de regular la industria privada; prometió devolverles a los altos ejecutivos el derecho a hacer lo que les diera la gana. De igual modo, Harding se comprometió a hacer de América un país fuerte e independiente mediante la defensa de los propios intereses exclusivamente nacionales, imponiendo severas restricciones en los derechos de los extranjeros para inmigrar a los Estados Unidos o vender sus productos en el mercado americano.

Puesto que los doce años siguientes constituyeron la Era de Oro del «laissez-faire» americano, época a la que los más allegados consejeros de Reagan se remiten ahora como guía, merece la pena recordar los acontecimientos que tuvieron lugar durante los tres mandatos republicanos que sucedieron a la derrota de Wilson:

—el mayor escándalo político y fi-

nanciero de la historia de Estados Unidos antes del Watergate, que implicaba al propio gabinete del presidente: el «Teapot Dome» affair;

-la más severa represión de los «radicales» en la historia de Estados Unidos hasta la época de McCarthy: el caso Sacco-Vanzetti fue sólo uno entre mil;

-una política de altas tarifas protectoras contra las importaciones europeas;

-regulación inadecuada de las imprudencias de la Bolsa y las transacciones financieras, que contribuyeron en gran medida al crack de Wall Street en 1929 y las subsiguientes catástrofes bancarias;

-una creciente desigualdad de ganancias entre ricos y pobres. En la cumbre del periodo de «prosperidad» en 1929, el 59,6 por ciento de las familias americanas tenían unos ingresos inferiores a los 2.000 dólares, el mínimo requerido (de acuerdo con la reconocida Institución Brookings) para cubrir las «necesidades básicas»; inmensas fortunas se estaban amasando en la Bolsa, pero tres décimas partes del uno por ciento de la población recibían el 78 por ciento de esos dividendos; y los quinientos cuatro ciudadanos americanos más ricos ganaron más dinero aquel año que los ingresos juntos del millón trescientos mil de agricultores de trigo y el millón treinta y dos mil de agricultores de algodón que había en el país;

-como resultado de esta desigualdad de ingresos y la consiguiente baja en el consumo de los bienes producidos, los últimos tres años de «laissez-faire» en Washington quedaron marcados por la catástrofe económica más grave que haya sufrido América. El presidente era, por aquel entonces, Herbert Hoover, que tenía una reputación y un perfil bastante similares a los de Raymond Barre cuando tomó posesión del cargo. El señor Hoover había sido secretario de comercio bajo el mandato de Harding, y se le tenía por un experto en economía nacional, pero durante sus cuatro años como presidente se equivocó lamentablemente todas las veces que intentó analizar el pasado o predecir el futuro. Unas pocas semanas antes de la depresión económica más grave de la historia, proclamaba complacido que la economía nacional nunca había sido tan próspera, y durante los tres años siguientes siguió insistiendo en que una economía basada en el mercado se ajustaba automáticamente por sí sola y que, por consiguiente, «la recuperación estaba a la vuelta de la esquina». En el momento en que Franklin D. Roosevelt tomó posesión de la presidencia, el cuatro de marzo de 1933, la producción industrial de la nación se había visto reducida a la mitad, había



REAGAN ESE HOMBRE

catorce millones de parados, los ahorros de los agricultores y de la clase media habían sido liquidados, y todos los bancos de Estados Unidos habían cerrado sus puertas después de una serie de fracasos causados por los cuentacorrientistas de toda la nación al retirar sus fondos.

La «Nueva Política» de Roosevelt supuso una ruptura completa con la filosofía de Adam Smith. Se basaba en las teorías económicas de Maynard Keynes, y conllevaba un aumento de los gastos del gobierno y un descenso en los impuestos cuando la economía nacional decayese, con el fin de estimular el consumo necesario para aumentar la producción y darle trabajo a los parados. Y como colofón, los gastos del gobierno descenderían y los impuestos aumentarían cuando la economía se estuviese expandiendo con excesiva rapidez, con el fin de prevenir los ciclos de alza y baja que tradicionalmente tenían lugar en las economías capitalistas.

Durante los primeros años de la Nueva Política los desembolsos del gobierno tendieron a concentrarse en ayudas a la industria privada, basándose en la suposición de que con ello se estimularía la inversión, se crearían puestos de trabajo y de este modo se irían beneficiando poco a poco, de rebote, los grupos con ingresos más bajos. Gradualmente, sin embargo, una interpretación «más izquierdista» de Keynes prevaleció en el grupo de consejeros intelectuales de Roosevelt, y la ayuda gubernamental empezó a concederse directamente al consumidor bajo la forma de seguros de paro, pensiones de vejez, proyectos de obras públicas, y subsidios a los agricultores: medidas que supusieron una redistribución de los ingresos de los ricos, que

pagaban impuestos, en favor de los pobres. De este modo se sentaron las bases de una nueva línea política, al reemplazar la barrera pasada de moda que existía entre demócratas y republicanos desde la Guerra Civil por una alianza enteramente nueva de los ricos contra los pobres, y puesto que la gente que quería que el gobierno se gastase el dinero en ayudarlos era más numerosa que aquella cuyos impuestos financiaban el programa de ayuda social, los demócratas se convirtieron en el partido mayoritario durante medio siglo.

El cambio cualitativo que está teniendo lugar en Estados Unidos se debe al hecho de que el número de votantes que sienten que tienen más que perder (en forma de impuestos) por causa de los gastos del gobierno que lo que reciben en forma de beneficios excede ahora al número de aquellos que se consideran como presuntos beneficiarios.

Durante este medio siglo, sin embargo, la distinción entre los beneficiarios de los fondos públicos y los que pagan más de lo que reciben ha sufrido una evolución considerable. El periodo durante el cual el sector más pobre de la población era el principal beneficiario de la ayuda del gobierno duró sólo unos pocos años. Hacia el mes de diciembre de 1936, el programa de ayuda social de la Nueva Política había conducido a una drástica mejoría de la economía nacional, pero no alcanzó nunca una recuperación total. La producción industrial estaba en un 21 por ciento por encima de la media del periodo 1923-1925, pero en cuanto los desembolsos del gobierno sufrieron una brusca restricción a principios de 1937, volvió a decaer una vez más, alcanzando una cota

minima de 77 en 1938. Después de eso empezó una nueva y rápida mejoría, pero esta vez se debía más a un «boom» de las industrias relacionadas con la guerra que al programa de ayuda social. Una nueva baja comenzó después de la segunda guerra mundial, pero fue abortada por los crecientes contratos del gobierno para defender las industrias durante la guerra fría y más tarde durante los conflictos de Corea y Vietnam. De tal modo que una proporción sin precedentes de la producción nacional empezó a depender de la concesión de contratos por parte del gobierno para defender las fábricas, y que se concentró principalmente en la parte oeste del país. El fin de la guerra del Vietnam acarrió un serio desbarajuste en las industrias de la mencionada región, y es comprensible que los del oeste se hayan mostrado más receptivos a la llamada que ha hecho Reagan para aumentar ampliamente los presupuestos militares de lo que se mostraron ante los esfuerzos de Carter en pro del desarme.

El problema fundamental estriba, sin embargo, en que Carter ha estado aplicando al pie de la letra las mismas teorías económicas que han dominado durante cincuenta años en el mundo occidental, pero que ahora ya no funciona. Puede que en parte esto se deba al hecho de que las multinacionales que aparecieron en los años sesenta son menos sensibles a la manipulación por parte del gobierno mediante facilidades de crédito, política de impuestos, regulaciones de tarifas o cualquier otro factor económico de lo que lo eran las empresas privadas de los años treinta. La causa inmediata de la actual crisis económica mundial fue la subida brutal del precio del petróleo,

Warren Harding (1921-23).

Woodrow Wilson (1913-21).

Calvin Coolidge (1923-29).

Herbert Hoover (1929-33).



del mismo modo que la causa inmediata de la gran depresión del veintinueve fue el crack de la Bolsa de Wall Street, pero en ambos casos el sistema económico había empezado ya a dejar de funcionar adecuadamente. En los años veinte la baja en el consumo fue artificialmente disimulada durante un cierto tiempo por la compra a plazos. En los años sesenta, la creciente escasez de materias primas en general, no sólo el petróleo, fue disimulada por el hecho de que los consumidores occidentales de tales productos tenían todavía suficiente control sobre sus proveedores como para poder mantener los precios artificialmente más bajos de lo que habrían estado en un mercado libre. Cuando se perdió dicho control, las economías occidentales se encontraron cara a cara con una situación con la que Maynard Keynes no había tropezado nunca: producción estancada y paro creciente, acompañados de una subida de precios ocasionada por la escasez y no por la especulación. Cada vez que Carter (o cualquier otro jefe de estado occidental) trataba de poner remedio a algunos de estos males económicos mediante la correspondiente solución Keynesiana, sólo lograba agravar la situación de los otros males, ya que Keynes no había previsto que pudieran suceder jamás simultáneamente en la misma fase del ciclo económico. El zigzagueante rumbo que Carter llevó entre el Escila del paro y el Caribdis de la inflación dejó la impresión de un presidente «vacilante, indeciso». Los votantes entregaron su confianza, en contrapartida, a un candidato que, como Harding en 1920, dijo que el mejor chófer era el que menos movía el volante. Con arreglo a esto último podemos predecir de la nueva administración:

-el desmantelamiento del sistema nacional de seguridad social, y una reducción sustancial en los pagos de ayuda social después de haberla descentralizado, sin que importen las consecuencias sociales que a largo plazo esto pueda tener;

-la autorización para incrementar sustancialmente el precio del petróleo en el mercado americano, basándose en la dudosa presunción de que si sus beneficios resultan lo suficientemente elevados la industria petrolífera de Estados Unidos descubrirá nuevas reservas domésticas de petróleo suficientes para resolver la crisis energética americana;

-vuelta a la política tradicional republicana de altas tarifas protectoras;

-rehabilitación de Richard Nixon y sus subordinados que participaron en el soborno y la corrupción de la era Nixon;

-reanudación de la campaña de la era McCarthy en contra de los elementos «subversivos», con aplicación de la pena de muerte por primera vez en la historia de Estados Unidos (excepto en el caso Rosenberg) a crímenes federales que no impliquen actos de violencia, tales como la «traición», como la definieron los senadores Thurmond y Goldwater, quienes encabezan los comités del Congreso que se ocupan de tales asuntos;

-reanudación de relaciones diplomáticas amistosas con el régimen de Sudáfrica, con la facción derechista de los dictadores de Latinoamérica y de todo el mundo, que se suspendieron bajo la administración Carter por ser consideradas violación de los «Derechos Humanos»;

-reanudación de la intervención de la C.I.A. y de otras agencias en los asuntos internos de naciones con regímenes nacionalistas o izquierdistas, tales como la operación que dirigió la C.I.A. al mando de Allen Dulles durante la administración Eisenhower-Nixon desde 1951 a 1953 en Irán, y que condujo al derrocamiento del régimen de Mohammed Mossadeq y a la implantación del Sha. Dicha intervención fue resumida por el comandante general George C. Stewart, director de asistencia militar, en un testimonio ofrecido al Comité del Departamento de Asuntos Extranjeros: «Las armas que llevaban en las manos, los camiones en los que se trasladaban, los tanques que conducían por las calles, y las comunicaciones de radio que permitieron su control, fueron todos ellos proporcionados por el programa de asistencia y defensa militar... Si no hubiera sido por este programa, un gobierno enemigo de los Estados Unidos estaría ahora probablemente en el poder.»

Parece ser una de las ironías de la historia que esos mismo iraníes hayan contribuido, en 1980, en tan gran medida a la derrota del presidente norteamericano menos intervencionista desde Roosevelt... pero tal vez no sea más irónico que el hecho de que una mayoría de trabajadores industriales bien pagados en Estados Unidos hayan decidido que tienen los mismos «intereses de clase» que sus patrones en reducir los beneficios de la seguridad social para los pobres. Fue Jay Gould, uno de los primeros patrones norteamericanos que contrató «ayuda policial» para desarticular organizaciones de asambleas en el siglo diecinueve, quien declaró triunfante: «Puedo alquilar a la mitad de la clase obrera para matar a la otra mitad.» ■

T. G. B. Traducción: Marta Sánchez Martín.

¿CÓMO PUEDEN LAS U.S.A. TOLERAR ESTE DRÁSTICO Desequilibrio MILITAR? ¡ES UN ESCANDALO NACIONAL!



¿CUANDO NOS DÍJAS CUENTA POR PRIMERA VEZ QUE ESTABAMOS INDIOSOS FRENTE A LOS RUSOS?



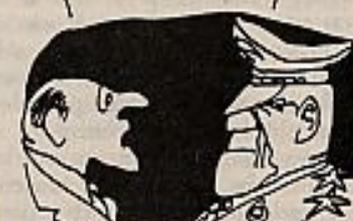
¿FUE EN 1979 CON BREZHNEV?

ANTES.



¿FUE EN 1966 CON KHRUSHCHEV?

ANTES.



¿FUE EN 1948 CON STALIN?

ANTES.



¿CUANDO?

EN 1917, CON LENIN.

